

no hay ambiciones privadas que fomenten la discordia para elevarse en medio del trastorno y medrar con las desgracias del país.

En Francia, por el contrario, desde luego los hombres se consideran antes que los principios; desde la asamblea constituyente hay partidos que piensan mas en el poder que en la libertad. ¿Y la Convencion qué fué? ¿Cómo puede justificarse la guerra á muerte entre girondinos y jacobinos, por la diferencia de opiniones que los dividia? ¿Es para fundar la libertad, ó para sofocar un partido, que hayan de valerse de las confiscaciones, proscripciones, fusilamientos y del cadalso? ¿Qué otra cosa es el 18 fructidor, y las deportaciones que se siguieron? ¿Qué esos golpes de Estado de los que está llena nuestra historia? ¿Qué ha ganado la libertad? ¿Qué ha ganado la Francia?

Hoy mismo, el grande obstáculo á la libertad, ¿no es el que cada uno la desea mas que para sí y sus amigos? ¿No piden seis meses de dictadura para fundarla? La quieren blanca, azul, roja, segun que son, ó rojos, azules ó blancos. Señores: nuestra bandera es de tres colores, como para enseñarnos que se necesita de todos los partidos para defender en el exterior la unidad nacional y el honor del país. ¿Debe ser de otra manera en el interior? ¿Cuándo comprenderemos que es preciso poner fin á los partidos, olvidar recuerdos y odios seculares, y que la cooperacion de todos es necesaria, no para servir á una idea sangrienta, sino á esta amiga del hogar doméstico y del municipio, á esta conservadora tutelar del alma y de la conciencia, que se llama libertad!

LECCION XXIV.

EL PARLAMENTO EN 1774.—LORD CHATHAM.—BURKE.

SEÑORES:

El 26 de Octubre de 1774 el Congreso de Filadelfia se separó, invitando á los americanos á nombrar otro Congreso, que se reuniría en la misma ciudad el 10 de Mayo del año siguiente.

Mientras estaba reunido aun continuaba la lucha en el Massachusetts: el pueblo y el gobierno se separaban cada dia mas. El gobernador habia convocado una nueva asamblea que debia reunirse en Salem á principios de Octubre. Pero como los consejeros que él habia nombrado daban su dimision y el consejo no tenia el número suficiente para la expedicion de los negocios, cambió de opinion y dió una proclama aplazando la reunion.

Esta proclama se vió con desden por los patriotas. Se reunieron en Salem, y de allí se retiraron á Concordia, ciudad del interior que estaba ménos al alcance del gobernador. Allí se declararon *Congreso provincial*, y comenzaron á administrar la colonia, como si hubieran sido legalmente convocados, delegando sus poderes á una comision que llamaron *Comision de salud pública*, ejemplo que bien pronto siguieron las otras colonias, y que nos ha dado las comisiones de salud pública en Francia, asambleas que desgraciadamente no tuvieron de comun mas que el nombre con las comisiones americanas.

Pero, ántes que todo, los patriotas del Massachusetts prepararon los medios de resistencia: reunieron provisiones para doce mil hombres de milicia, poniendo á su frente algunos ciudadanos que se habian distinguido en la guerra del Canadá: filiaron un gran número de milicianos adictos, que tomaron el nombre de *minute-men*, porque ellos se comprometian á tomar las armas al minuto.¹

Una proclama real fué lanzada de Inglaterra para impedir las exportaciones de armas y de municiones á las colonias. El anuncio de esta proclama no hizo mas que inflamar mas los ánimos. En Rhode-Island el pueblo se apoderó de un tren de artillería que pertenecía á la corona: en el Nuevo-Hampshire el pueblo sorprendió el pequeño fuerte de William y Mary, que no tenia mas que cinco hombres de guarnicion. Era la revolucion que se ensayaba.

Entretanto que cada navío que llegaba de América traía á Inglaterra noticias siempre mas sombrías para los amigos de la paz, el pueblo inglés estaba muy ocupado en las elecciones generales, y estas elecciones, es preciso decirlo, se hacian con un espíritu hostil muy pronunciado contra la América. La opinion general en Inglaterra era que habia sido provocada y desafiada por el Massachusetts: que estando comprometido el honor nacional, era preciso á todo precio sofocar la rebelion. Bristol, que nombró á Burke, fué casi la única ciudad que envió su representante en favor de la América. Esta irritacion y otras razones mas groseras, pero no ménos fuertes² aseguraron á lord North y á su política una triunfante mayoría.

El nuevo Parlamento se reunió el 29 de Noviembre de 1774. En la Cámara de los Lores fué lord Hillsborough quien en respuesta á las amenazas contenidas en el discurso del trono, propuso la contestacion para expresar en ella todo el horror que causaban á los lores los principios sediciosos del Massachusetts. Él no temió decir (era una alusion á Franklin y á Quincy) que habia en esos momentos gentes que se paseaban en las calles de Lóndres, y que deberian estar en Newgate ó en Tiburn. Despues de un vivo debate, la contestacion fué votada por una mayoría considerable. Hubo trece votos de oposicion.

¹ Lord Mahon, VI, 18.

² «Si la América, decia Franklin, quisiera economizar durante tres ó cuatro años el dinero que ella emplea en modas, lujo y novedades venidas de Inglaterra, podría comprar el Parlamento, el ministerio y el resto.» Bancroft, *American Revolution*, IV, 175.

Rockingham, Shelburne, Cambden, Stanhope y otros cinco pares, protestaron por escrito «contra una temeridad inconsiderada que podia precipitar al país á una guerra civil.» No dudo que en los diarios de la época los calificarían de sediciosos. En la misma época, Garnier, agente frances, escribia á M. de Vergennes: «El discurso del rey acabará de hacerle perder las colonias: cada dia se hace mas difícil la conciliacion, y cada dia se hará mas necesaria.» Esto es ver las cosas como hombre de Estado.¹

En la Cámara de los Comunes, á pesar de la elocuencia de Fox y de Burke, la oposicion no reunió mas que setenta y tres votos: no tenia á su favor ni el número, ni la opinion. Una vez votada la contestacion, los negocios importantes fueron, segun el uso, aplazados para despues de las fiestas de Navidad.

Cuando los negocios americanos fueron sometidos á las Cámaras, Chatham salió de su retiro y de su silencio: su patriotismo, su odio á la Francia, su amor á la libertad, le hacian ver mas allá de las miserables querellas de vanidad: él queria la paz y la union con la América: queria la paz de la única manera verdaderamente posible y fecunda, borrando lo pasado, obrando con franqueza y lealtad y no temiendo que Inglaterra no confesara sus faltas. No por esto dejaba de comprender lord Chatham lo que habia pasado en el Massachusetts, en cuyos sucesos habia gérmenes de revolucion que le parecian culpables: pero cuando once provincias se unian al Massachusetts, veia en esto una advertencia que era preciso no dejar perder. La hora de la razon habia sonado; no puede acusarse á un pueblo entero.

El 20 de Enero de 1775 Chatham se presentó en la Cámara de los lores: sin precisar nada, habia anunciado solamente, que hablaria respecto de los negocios de América. Los escaños estaban muy concurridos de americanos: en primera fila estaba Franklin, colocado allí por Chatham, que se complacia en ver á suflado al hombre que conocia mejor la América.

Chatham pidió que se dirigiese una exposicion al rey, suplicando á Su Majestad se llamasen lo mas breve posible las tropas de Boston, á fin de procurar con este paso, que se aplacasen las animosidades en América.

¹ Bancroft, *American Revolution*, IV, 178.

«Milores, dijo; estos papeles que hoy día por primera vez se someten á vuestra deliberacion han estado, segun estoy instruido, en la cartera privada del ministro hace cinco ó seis semanas. Y aunque los destinos del reino dependen de esta grande cuestion, hasta hoy solamente somos llamados para examinarlos. Milores, ningun deseo tengo de ver estos papeles; ya sé lo que contienen: no hay un solo miembro de la Cámara que no esté igualmente instruido. Entremos desde luego en materia, abordemos la cuestion. Aprovechemos el primer momento para abrir la puerta á la reconciliacion ¹ Bien pronto será ya demasiado tarde. Una hora perdida puede producir años de desgracias. Llamar las tropas de Boston es el primer medio de restablecer la paz y de fundar vuestra prosperidad.

«El espíritu de independencia que anima á los pueblos de América no es cosa nueva: su fé jamas ha cambiado. Cuando se expidió el acta del timbre, una persona respetable me aseguró que los americanos estaban decididos á todo. Podeis, me dijo, destruir sus ciudades, quitarles las superfluidades y acaso las comodidades de la vida; están dispuestos á despreciar vuestro poder, y nada echarian de ménos en tanto que conservaran—¿qué milores?—Sus bienes y su libertad.

«Si se han cometido violencias en América, preparad el camino para que conociéndolas se os dé una satisfaccion: pero no oprimais á tres millones de hombres por las faltas de cincuenta individuos. Esta severidad, esta injusticia, producirán en vuestras colonias, un irreparable rencor. Marcharéis de ciudad en ciudad, de provincia en provincia? ¿Cómo aseguraréis la obediencia del pueblo que dejais á vuestras espaldas en vuestra marcha, para apoderaros, para retener seiscientas leguas de continente?

«Era fácil prever que harian resistencia á vuestros impuestos arbitrarios: bastaba conocer la naturaleza de las cosas, el corazon humano, y sobre todo este espíritu *whig* que florece en América. Este espíritu de resistencia, que allí domina contra vuestros impuestos, es el mismo que otras veces, aquí en Inglaterra, rechazaba los préstamos, los donativos voluntarios, el *ship money*: este espíritu es el mismo que, en el bill de los derechos, vengó á la Constitucion inglesa; el mismo que ha establecido esta máxima esencial de nuestras liberta-

¹ Pitkin, I, 307.

des, «*que ningun inglés puede ser cuotizado, sino con su consentimiento.*»

«Este glorioso espíritu de libertad anima tres millones de hombres en América: espero que en Inglaterra habrá el doble que lo aplaudan. La Irlanda se asocia á él, como si fuera un solo hombre. Estableced, pues, para siempre este principio: *El impuesto les pertenece: la ley del comercio es de nosotros.*

«Los americanos dicen que vosotros no teneis el derecho de cuotizarlos sin su consentimiento; tienen razon. Yo reconozco en ellos este derecho supremo sobre su propiedad; este derecho inalienable que pueden justamente defender hasta el último extremo. Mantened este principio, es la causa comun de los *whigs* de las dos costas del Océano; es la libertad unida á la libertad; es la alianza de Dios y la naturaleza, alianza inmutable, eterna.

«A esta fuerza unida ¿qué fuerza le opondréis? algunos regimientos en América, ¡diez y ocho mil hombres! Muy ridícula es la idea para insistir en ella. Si vosotros no revocais estas medidas fatales, llegará la hora del peligro con todos sus horrores; y entónces, á pesar de toda su seguridad, estos ministros vanidosos se verán forzados á abandonar principios que ellos sostienen, pero que no pueden defender; medidas que tratarán de poner en planta, pero que, bien lo saben, no darán resultado alguno.

«Para atraer á la América á nuestro seno no basta romper un pedazo de pergamino: aplacad sus temores y resentimientos, y entónces esperad en su reconocimiento y en su amor. En tanto que una fuerza armada apostada en Boston irrite é insulte á los americanos, toda concesion, si podeis obtenerla, seria incierta. ¿Pero no es evidente que unidos como están no podeis forzarlos á una vergonzosa sumision?

«Que vuestras señorías lean estos papeles americanos; que consideren la decencia, la firmeza y sabiduría con que están escritos, y no podrán ménos que respetar semejante causa y desear apropiársela. En cuanto á mí, lo confieso, en todas mis lecturas (y he leído á Tucídides, y he estudiado y admirado á los Estados que han sido los señores del mundo), nada he visto superior, en cuanto á la solidez del razonamiento, sagacidad y sabiduría de la conclusion. En medio de circunstancias tan difíciles y tan complicadas yo no conozco una nacion, una

asamblea que pueda colocarse á mas altura que el Congreso de Filadelfia.

«Las historias de Grecia y de Roma nada nos ofrecen que sea mas grande. Imponer la servidumbre á tales hombres, establecer el despotismo en este poderoso continente, es un esfuerzo insensato, y que será fatal: nos veremos al fin obligados á retractarnos; retractémonos, pues, cuando aun podemos hacerlo libremente; no esperemos el vernos obligados por la necesidad. Ella os precisará á revocar estos actos violentos, y lo haréis, os lo afirmo, al precio de mi reputacion. Evitad esta necesidad humillante, y con la dignidad que conviene á vuestra grande posicion, dad los primeros pasos para obtener la paz, la concordia; en esto está la verdadera dignidad. Estas concesiones son mas aceptables y mejor recibidas cuando emanan de un poder superior; ellas establecen una confianza sólida basada en el afecto y reconocimiento. Sed humanos los primeros, y arrojad las armas que teneis en la mano.

«Justicia, política, dignidad, prudencia, todo os dice que aplaqueis á la América retirando vuestras tropas de Boston, derogando vuestras leyes y manifestando á las colonias disposiciones amigables. Si perseverais en vuestras medidas ruinosas, todos los peligros, todas las eventualidades os amenazan; la guerra extranjera está suspensa de un hilo sobre vuestras cabezas; la Francia y la España observan vuestra conducta, y no esperan mas que la madurez de vuestros errores.

«Si los ministros perseveran en aconsejar mal al rey y en extraviarlo, no diré por esto que lo traicionen, pero sí afirmo que el reino está perdido. No digo tampoco que los ministros destruirán el afecto que los súbditos tienen á la corona, pero sí afirmo que cuando ya no exista este diamante de la América, la corona no valdrá la pena de llevarla.»¹

Chatham fué sostenido por lord Cambden, el antiguo lord canceller, el hombre de la justicia y del derecho.

«Milores, dijo, no es como político, hombre de Estado ó filósofo como yo os hablo, sino como simple legista. Vosotros no teneis el derecho de cuotizar á la América: los derechos naturales del hombre, las leyes inmutables de la naturaleza están en favor de este pueblo. Reyes, lo-

¹ Bancroft, *American Revolution*, IV, 200.

res, comunes, son bellísimos nombres que suenan muy bien; pero los reyes, los lores y los comunes pueden convertirse en tiranos como cualesquiera otros. Es tan legal resistir á la tiranía de los muchos como á la tiranía de uno solo. Preguntaron un dia al famoso Seldem en qué libro se encontraba el derecho de resistencia á la tiranía. «Fué siempre la costumbre de Inglaterra, respondió Seldem, y la costumbre de Inglaterra es la ley del país.

En estas sencillas y fuertes palabras de Cambden habia mas razon que en todos los libros de los jurisconsultos, y mas sabiduría que en todos los discursos ministeriales. Tener razon contra Chatham y Cambden era cosa difícil; pero responderles era fácil, porque hay sofismas parlamentarios siempre prontos para todas las cuestiones; y cuando una asamblea es ignorante, apasionada ó corrompida, estos sofismas tienen éxito, con tanta mas facilidad, cuanto que las grandes y nobles respuestas solo pueden ser comprendidas y apreciadas por los grandes y nobles talentos. Así se vió desfilar toda la banda de los sofismas políticos; la apelacion á la fuerza y al interes; el desden, la cólera, la acusacion de complicidad.

«Milores, dijo lord Gower con altanería: dejad á los americanos hablar de sus derechos naturales ó divinos: sus derechos como hombres y como ciudadanos, sus derechos que les vienen de Dios y de la naturaleza. Mi opinion es emplear la fuerza.» Lyttleton reprochó á Chatham que esparcia el fuego de la sedicion, y acusó á los americanos de querer evadirse de la acta de navegacion. Rocheford declaró que Chatham no era ménos responsable que los americanos en su persona de todo lo que podia acontecer.¹

Toda esta charla no podia hacer impresion en el hombre de Estado; pero su elocuencia no tuvo mas efecto que el del silbido del viento: la mocion fué desechada por 68 votos contra 18. Entre estos 18 votos se encontraba el del duque de Cumberland, hermano del rey, que era del todo adicto á la América. Se cuenta que un dia, en el corredor de la Cámara, se aproximó al Dr. Price que acababa de publicar un folleto muy vehemente en favor de la América. «Lo he leído ayer tarde, le dijo, y con tan poca luz, que vuestro libro me ha casi cegado.» «En verdad, dijo Dunning, amigo de Burke, esto me asombra,

¹ Bancroft, *American Revolution*, IV, 203.

porque en la mayor parte de la nacion ha hecho el efecto contrario; le ha abierto los ojos.»¹

El rey, á quien conducia lord North á este camino sin cejar de él, se congratuló de esta grande mayoría. Segun él, nada estaba mejor calculado que aquellas medidas para atraer á los americanos á la sumision.² Error comun de los políticos de corta vista: reducir á un pueblo á la desesperacion, es el medio seguro de precipitarlo á la guerra civil, *spoliatis arma supersunt*. Es lo que comprendia Chatham. Sin inquietarse por su derrota insistió en su pensamiento, y tentó un nuevo esfuerzo para impedir la guerra civil. «Que se haga la voluntad de Dios, decia, y que el antiguo y nuevo mundo nos juzguen.»

Fué á Franklin á quien se dirigió: á él fué á quien sometió su proyecto de reconciliacion. «Quiero arreglar mi juicio segun el vuestro, decia, como se arregla un reloj por un *regulador*.»³ Dirigirse á un hombre capaz, á aquel que conoce á fondo la cuestion, es el distintivo de los grandes políticos: ellos buscan maestros, ellos, que son los que ménos los necesitan; los otros buscan lisonjeros y criados: son ciegos que toman ciegos para guiarlos.

El 1º de Febrero de 1775, Chatam presentó su *proyecto de verdadera reconciliacion y de acuerdo nacional*. Eran las proposiciones del Congreso de Filadelfia las que Chatham aceptaba en sustancia. El Parlamento revocaba los estatutos de que se quejaba la América, y renunciaba al derecho de cuotizacion: por su parte la América debia reconocer á la Inglaterra el derecho de arreglar el comercio de todo el imperio. Además, y por un donativo voluntario, las asambleas debian contribuir á los gastos del gobierno. En fin, y como una prueba de confianza, era al Congreso que iba á reunirse en Filadelfia el 1º de Mayo de 1775, al que Chatham encomendaba, primero, reconocer la suprema autoridad legislativa del Parlamento: segundo, hacer un donativo voluntario al rey, fijando cierta renta perpetua para aliviar la deuda, «no como condicion impuesta para obtener justicia, sino como un justo testimonio de afecto.» De esta manera la Inglaterra abria el camino por una declaracion de principios, y la América venia al en-

1 Lord Mahon, VI, 24.

2 Bancroft, *American Revolution*, IV, 203.

3 Lord Mahon, VI, 26.

cuentro de la metrópoli por la declaracion del Congreso, y por una concesion de dinero.¹

Este acuerdo era honroso: Franklin estaba convencido de que Chatham deseaba satisfacer á los americanos: Jefferson, leyendo el bill, esperaba que produciria la reconciliacion: Samuel Adams, siempre desconfiado, se inquietaba para el porvenir, con este reconocimiento condicional de la autoridad suprema del Parlamento. «Estemos alerta, decia, no vaya á ser que en vez de tener una espina en un pié, tengamos un puñal en el corazon.»²

Cuando Chatham concluyó su lectura, el buen lord Darmouth habló de lo grave de la cuestion, y pidió que el bill *se pusiese sobre la mesa*, es decir, que se le examinase. Chatham respondió al momento que no deseaba otra cosa. Lord Sandwich, uno de los miembros mas exaltados del gabinete, tomó entónces la palabra para reprochar la debilidad de su colega. «Esta medida que se nos propone, dijo, no merece mas que el desprecio; es preciso desecharla inmediatamente. Jamas creeré que sea la obra de un par de Inglaterra;» y dirigiéndose hácia Franklin, que se apoyaba en la barra, «supongo, continuó, que esta es obra americana, é imagino que tengo ante mis ojos la persona que la ha trazado, uno de los enemigos mas rígidos y mas peligrosos que este país haya tenido jamas.»

Todas las miradas se volvieron hácia Franklin; Chatham respondió: «Este plan es enteramente obra mia; pero si yo fuera primer ministro y tuviera el encargo de terminar este importante negocio, no me avergonzaria de llamar públicamente en mi ayuda á un hombre tan perfectamente instruido en los asuntos americanos, á un hombre á quien la Europa entera coloca al lado de nuestros Boyle y Newton, y que honra, no solamente á la nacion inglesa, sino á la humanidad.»³

Lord Darmouth, intimidado por la vivacidad de su colega, y sobre todo, por las manifestaciones de la oposicion que lo habia felicitado por su noble honradez, volvió á su debilidad ordinaria y declaró que él no podia aceptar tales elogios, y que habia cambiado de opinion. El ministerio pidió que la proposicion fuese inmediatamente desecha-

1 Lord Mahon, VI, 27.

2 Bancroft, *American Revolution*, IV, 220.

3 Bancroft, *American Revolution*, IV, 221.

da. Contra tanta violencia y debilidad, Chatham prorumpió en estos términos:

«Desechad este bill; no por esto dejará de avanzar en la opinion pública, en la nacion, y en las mas lejanas soledades de la América. Cualesquiera que sean sus defectos, hará ver al ménos el celo con que he procurado destruir la tempestad que amenaza descargar sobre mi país. No me admiro de que hombres que aborrecen la libertad detesten á los que la aman: no me admiro de que gentes sin virtud detesten á los que la tienen. Toda vuestra política no ha sido mas que una serie continuada de debilidades y temeridad; de despotismo y servilismo; de incapacidad y corrupcion. Os reconozco, sin embargo, un mérito, y es el de un cuidado constante y exclusivo de vuestro interes personal. Bajo este punto de vista, ¿quién podrá asombrarse de vuestra resistencia á toda medida que pueda haceros perder vuestras plazas, y reduciros á la insignificancia personal en que Dios y la naturaleza os colocaron?»¹

Todo lo que obtuvo la elocuencia de Chatham fué aumentar la minoría en favor de la conciliacion. Tuvo 32 votos; el ministerio 61.

No obstante, la opinion se habia conmovido. Lord North, para atraérsela propuso medidas violentas y á propósito para aterrorizar á los americanos. Declaraba al Massachusetts en estado de revolucion; ponía trabas á las pesquerías americanas para hacer sucumbir por hambre á la Nueva-Inglaterra, respondiendo así á las actas de no importacion por una ley del talion: se hablaba de excitar á los salvajes contra las colonias, y aun de provocar una revolucion de los esclavos. En el fondo todo esto ocultaba cierto miedo por la guerra: lord North, al mismo tiempo que amenazaba con los rayos de la Gran Bretaña, hacia sondear á Franklin por el almirante Howe, quien debia tener bien pronto el supremo mando en América: el ministro buscaba medios de acomodamiento: ² era ya demasiado tarde. En el fondo lord North no era ni cruel ni vengativo; comenzaba á intimidarlo la responsabilidad que contraia por su debilidad por el rey y por algunos de sus colegas. Era la guerra que iba á provocarse, la guerra civil; se imaginaban que vencerian fácilmente á los americanos; pero, en fin, era una crisis de-

¹ Bancroft, *American Revolution*, IV, 221.

² Lord Mahon, VI, 32.

plorable, y que no podia complacer mas que á los enemigos de la Inglaterra.

Lord North presentó á los Comunes una resolucion que fué adoptada el 27 de Febrero, ¹ la cual decidia que cuando una colonia ² propusiera establecer un fondo, una provision para subvenir á la defensa comun (provision cuya cifra correspondiera á la situacion de la colonia, y que seria colectada sin la autoridad de la asamblea y puesta á disposicion del Parlamento) y cuando ademas esta colonia hiciera una provision suficiente para el sosten del gobierno civil y la administracion de justicia, entónces, si esta proposicion era aprobada por Su Majestad y las dos Cámaras del Parlamento, el gobierno inglés se abstendria de imponer ningun impuesto sobre la colonia, salvo los derechos impuestos por el reglamento de comercio, derechos que por lo demas aprovechaban á la colonia.

Esta proposicion, que se llamó *la rama de olivo* de lord North, era de doble faz: era una concesion de hecho á las colonias, una reserva de derecho al Parlamento. Y la concesion de hecho era mas aparente que real; era para cada colonia el derecho de cuotizar á voluntad del Parlamento.

Lord North pretendió que no cedia en nada, y tenia razon. «Si los americanos, dijo, no tienen otra pretension que de cuotizarse ellos mismos, aceptarán nuestra proposicion: si ellos tienen otras intenciones, é intenciones criminales, su negativa pondrá en claro su doblez.» Agregó, y esto era el secreto de su política, que él no se esperaba que esta proposicion fuese generalmente aceptada, pero que era un medio de dividir á la rebelion: que con una sola provincia que aceptase, la confederacion que daba fuerza á la América quedaba al instante rota: esta *bella* razon hizo que se votara la ley. Los hombres de mezquino entendimiento no comprenden mas que las pequeñas medidas, y sus bajas intrigas los pierden, tarde ó temprano. La política de lord North era la astucia que á nadie engaña: la de Chatham era la franqueza, la nobleza; la una no era mas que un expediente, la otra era una solucion.

Al mismo tiempo para atraer la opinion, que fluctuaba, pidió el mi-

² Burke, Works, I, 454.

³ Es decir, la asamblea de acuerdo con el Consejo y el gobernador.

nisterio un folleto á Samuel Johnson. Era este una de las figuras mas originales del siglo XVIII. Miserable en su infancia; obligado por su pobreza á escribir el *Rasselas*, á fin de tener un poco de dinero para enterrar á su madre, fué en su vejez solamente cuando Johnson habia encontrado no comodidades, sino un abrigo: de esta habitacion participaban los pobres que él amaba: tenia en su casa un verdadero nido de cojos, ciegos y enfermos incurables. Lo solicitaban por su conversacion y originalidad: era tory fanático, partidario de lo pasado, campeón del rey, de la Iglesia y de la aristocracia, y ademas elocuente, solemne, paradójico. Su diccionario le habia dado gran celebridad: estuvo á punto de ser procesado por sus definiciones: entre otras se ha conservado la de *pension*, que segun él era *el sueldo que se da á un bravo político para que traicione á su país*.

A la edad de setenta años aceptó el papel de escritor y *bravo* ministerial publicando un folleto con el nombre de *Taxation no Tyranny*, que agradó sobremanera á los enemigos de la América, porque era violento, insolente, y en tales casos la multitud toma la brutalidad por talento. Johnson habia adoptado ese tono cínico, que es tanto mas odioso, cuanto es mas enérgico.

«¿Las gentes de Boston, decia, nos amenazan con abandonar la ciudad é irse al desierto? Tanto mejor, estos héroes dejarán el lugar á otros hombres mas prudentes que ellos. ¿Se quejan de que se les quiere trasportar á Inglaterra para ser juzgados? Que se tranquilicen. ¿Que se les condena sin oírlos? Para qué son los procedimientos, con lo que se ha visto es bastante.»

En estas circunstancias Franklin abandona la Inglaterra: personas hábiles, como Hutchinson, habrian querido detenerlo; era, segun se decia, un hombre peligroso; pero se le dejó partir. Se embarcó sin esperanza de volver á ver la felicidad de otro tiempo, en que un amor tierno unia á las colonias con la metrópoli. En 22 de Marzo de 1775 su amigo Burke intentó hablar otra vez de conciliacion. Burke no tenia ni el genio ni la influencia de lord Chatham; pero acaso tenia mas elocuencia. Su plan, mucho mas tímido y ménos satisfactorio, consistia en declarar en términos generales, que era bueno revocar ciertas leyes recientes, y dejar á las asambleas coloniales el derecho de imponer las contribuciones.

Pero si Burke para tener mejor éxito, apenas delineaba las partes mas vivas del proyecto de Chatham, no era por esto ménos firme su lenguaje: queria la paz, franca y sincera, y la pedia con entusiasmo patriótico. No era, es verdad, la enérgica y soberana palabra de Chatham; pero se notaba la grandeza moral: Burke es un filósofo, Chatham un político; Burke ha envejecido ménos.

Despues de una magnífica pintura del espíritu de libertad de los americanos, hijos de la libre Inglaterra, Burke hacia una severa crítica del proyecto de lord North: demostraba al mismo tiempo la injusticia de las pretensiones ministeriales y su impotencia: declaraba que no habia mas que un solo medio de pacificar á la América, la justicia; que era preciso que el Parlamento reconociera el derecho perteneciente á todo inglés, de que no se le impongan contribuciones sino con su acuerdo ó el de sus representantes. Cualquiera otro medio era pueril; no se procesaba á tres millones de hombres, ni se les reducía por la fuerza, á la distancia y en la situacion en que estaban los americanos.

La proposicion de Burke fué desechada por una mayoría de 270 votos contra 78. Su elocuencia no tuvo mejor resultado que la de Chatham. La pasion cegaba á la Inglaterra; con la cabeza inclinada caminaba al abismo, mirando como enemigo á todo el que intentaba detenerla.

No son raros en la historia tales ejemplos: casi siempre la pasion domina, tomando á su servicio á las medianías y al número. La razon, la justicia, la libertad, son perseguidas y menospreciadas. ¿Qué hacer para que conserven amigos? Tienen contra sí el poder, la fortuna, la opinion, la popularidad; y á pesar de esto, duran y tienen siempre sus adoradores. Hay, pues, alguna cosa mas grata que la fortuna, mas poderosa que el poder, mas lisonjera que la popularidad: es la voz de la conciencia, el amor de la justicia, el amor de la libertad.

La justicia, la libertad, son divinidades puras, figuras serenas, que se les ama desde que se les ve, y no se les abandona fácilmente. El que no ame la libertad mas que para sacar provecho personal de ella, se doblegará á la primera tormenta: el que la ama por sí misma, jamas quitará su corazon y su vista de esta celeste beldad.

Ni la pobreza, ni el abandono, ni el olvido, ni la persecucion misma pudieron hacer que Galileo dejase de amar la ciencia: ¿la justicia es

ménos bella, ó la libertad ménos seductora? No; y esta es la honra de todos los siglos, pues siempre ha habido hombres fieles á este culto, que no perece jamas. Demóstenes y Ciceron en la antigüedad; Chatham, Burke, Washington, Hamilton, La Fayette, todos estos grandes hombres no han variado jamas: han sido admirados unas veces, ó puestos en ridículo otras, segun el viento de la opinion. Pero al defender la libertad, ¿solo resulta la satisfaccion del deber cumplido, sin esperar otra cosa? No, hay ademas el sentimiento que sirve al porvenir, y que enriquece á la humanidad. Poca cosa seria que el porvenir nos vengase; no, el porvenir nos hereda, y esta riqueza, que los contemporáneos desdeñan, la reciben las generaciones futuras; aun los mas pobres podemos dejarle la fortuna de nuestras ideas, única que no teme ni á ladrones, ni á las lesiones del tiempo.

¿En dónde está la habilidad de lord North, y las injurias y violencias de los *torys*? Ha llevádoselas el viento del olvido. Pero la Inglaterra guarda las palabras de Chatham y de Burke; está imbuida de su espíritu, que es el que hoy gobierna las relaciones coloniales, y que ha enseñado á los ingleses que la justicia es la verdadera política. Chatham y Burke son el alma de esa Constitucion que ellos han defendido contra todos.

La fortuna, señores, no concede á todos igual papel; nos condena por lo regular á la modestia; pero todos, sin embargo, podemos defender la verdad, la justicia y la libertad: todos podemos concurrir á esa inmensa edificacion, que con tanta pena se levanta: esta es nuestra obra; la gloria para los arquitectos, el trabajo para el obrero. Es siempre grato poder decir, en el magnífico lenguaje de Burke, que no se ha pasado inútilmente sobre la tierra, sino que se ha llevado su piedra para el templo de la libertad.

LECCION XXV.

CONGRESO DE 1775.—WASHINGTON.—DECLARACION DE INDEPENDENCIA.

SEÑORES:

El Congreso de 1774 en momentos de separarse, habia aconsejado á las colonias la convocacion de una nueva asamblea que debia reunirse el año siguiente en Filadelfia: así se constituyó el nuevo Congreso colonial, el verdadero Congreso de la revolucion; porque esta asamblea fué la que desde 1775 hasta la paz, dirigió las relaciones exteriores de la América. Cuando el 10 de Mayo de 1775 se reunió en Filadelfia, la revolucion habia dado un gran paso: como lo decia Patrick Henry, ya no tenia cabida la esperanza: era preciso combatir.

En el mes de Abril de 1775 habia corrido sangre en la batalla de Lexington dada en las cercanías de Boston. Esta fué una escaramusa de poca importancia, pero á pesar del corto número de muertos y heridos, se hallaba realizado un hecho importante, y era ya evidente que la Inglaterra no retrocederia ante la necesidad de derramar sangre, y que los colonos se atreverian á sostener la lucha con los ejércitos ingleses. Las colonias profesaban una antigua admiracion á las tropas de línea: los ingleses habian abusado un poco de ese respeto, convirtiéndolo en temor. No faltaron generales en el Parlamento, como se hallan en todas partes, que declarasen que con sus grandes sables dispersarian á esos miserables colonos que temblarian siempre an-